

La autora del libro 'Los niños de Lemóniz', Estela Baz, minutos antes de la entrevista. :: virginia carrasco

# «La sociedad aisló a las víctimas de ETA, pero también a sus hijos»

# Estela Baz Autora del libro 'Los niños de Lemóniz'





☑ lgil@elcorreo.com

Hija de uno de los compañeros de Ryan en la central nuclear, ofrece un testimonio novelado sobre la crueldad que sufrieron los niños por las amenazas de la banda

BILBAO. - Papá, ¿eres malo?

- ¿Cómo?
- Me han dicho en la ikastola que eres malo.
  ¿Malo?
- Sí, me lo ha dicho Asier, y yo le he mordido el brazo.
  Cariño, no se puede morder a otros
- niños, digan lo que digan.
- Pero papá, tú no eres malo.
- Claro que no, pero alguien puede pensar que sí, y no podemos hacer daño a los que piensan diferente solo porque piensen diferente. ¿No te parece?

Esta es una de las conversaciones que se extraen del libro 'Los niños de

Lemóniz' (Espasa), que recoge de forma novelada los recuerdos de esas otras personas que también sufrieron la amenaza y el terror de ETA. Pequeños que no sabían lo que era la energía nuclear. Mucho menos llegaban a entender por qué se acabaron los paseos con sus padres o bajar al parque a jugar a la hora a la que iban el resto de niños. «La sociedad aisló a las víctimas de ETA, pero también a sus hijos. Eran apartados, no podían tener amigos como el resto», lamenta la autora, Estela Baz.

Nacida en Bilbao hace 42 años, sabe muy bien de lo que habla. Hasta que cúmplió los siete, su vida estuvo ligada a la central de Lemóniz. Su padre fue uno de los compañeros del ingeniero José María Ryan, secuestrado y asesinado por la banda terrorista en 1981. ETA llevó a cabo una campaña contra la central nuclear, que no llegó a abrir sus puertas. Perpetró un total de 246 acciones terroristas que dejaron un saldo de cinco empleados muertos y catorce heridos. Se calcula que sú cierre supuso alrededor de 6.000 millones de euros. En casa de Estela «nunca se ha hablado del tema». «Ha habido mucho silencio, que es necesario romper. Unos podrán; otros, no. Esta es mi aportación», señala.

- ¿Por qué se embarcó en este pro-

## LA OBRA



- Argumento. Historia basada en hechos reales contada desde la voz de una niña cuyo padre trabajó en la central de Lemóniz cuando ella tenía entre tres y siete años.
- ▶ La autora. Estela Baz. Nacida en Bilbao, 42 años. Licenciada en Dirección de Empresas y Marketing. Su padre fue uno de los compañero del ingeniero José María Ryan.
- La verdad es que nunca me había metido a fondo en esta cuestión. Pero un día comí con una amiga que estuvo con su hija en Alemania durante uno de los atentados yihadistas. Se escondieron en un establecimien-

to y recordó cómo su hija le dijo: 'Mamá, nos van a matar'. Entonces fue cuando pensé en cómo afectan de verdad estas situaciones a los niños, cómo les marcan en edades muy tempranas. Es algo de lo que no se habla, cómo fue para ellos la violencia que ejerció ETA.

Estela entrecruza en su obra, que acaba de salir a la venta, retazos de su memoria con los recuerdos de otros hijos de amenazados e incluso asesinados. No solo de personas que trabajaron en Lemóniz. «He hablado con todo tipo de víctimas que fueron niños en aquella época», apunta. «Parece que no se enteran de nada, pero perciben todo lo que sucede a su alrededor, de una u otra manera».

- ¿Es usted 'Angela' (la protagonista)?
- (Sonríe) Digamos que es la que más se acerca a mí.
- Tanto en su caso como en el de otros niños, ¿eran conscientes de lo que era ETA, de que existía ese peligro en casa?

pengio en casa:

- Ni lo sabiamos ni se nos explicaba
bien. ETA hace cosas malas a la gente que piensa diferente. Hasta ahí.
Hoy hay mucha más información,
más personas, sobre todo psicólogos,
a los que acudir. Por entonces no habia nada. Estabas solo.

De forma novelada y siempre narrado desde «una perspectiva infan-

### LAS FRASES

Camuflar la realidad «Las madres fueron un salvavidas. Intentaron crear una realidad paralela para que fuéramos felices»

Regreso a la central nuclear «Hace dos años volví allí. Me sorprendió ver que había Ertzaintza. Sentí impotencia, tristeza»

til», Estela Baz recoge diferentes episodios que por entonces eran una realidad para los hijos de los amenazados: Dejar de ir a a clase en función de cómo estuviera el ambiente, aparecer en casa con una chapa antinuclear, de esas amarillas, que te han dado en la ikastola, jugar a no coger el teléfono si llaman a casa o aprender a leer matrículas. «Las madres fueron un pilar, un salvavidas, para todos los niños. Intentaron crear una realidad paralela para que fuéramos felices. Fuera de todo odio y venganza. Y eso avudaba también a sus maridos», destaca. «Mamá, debajo de los coches hay duendes, no regalitos», le llega a decir la protagonista del libro a su madre, cuando ella se queja de tener que mirar los bajos del vehículo familiar para comprobar que no havan colocado una bomba.

### «Una vida normal»

Estela prefiere no entrar al detalle de su experiencia personal. Al preguntarle por los momentos más dolorosos, como el secuestro e incluso los asesinatos que ETA cometió entre los trabajadores de Lemóniz, ella vuelve al libro. A los gritos de impotencia, a esa radio que escuchaban los adultos en la cocina con la puerta cerrada, a esos 'Vete a la cama' cuando aún no era la hora y, sobre todo, a esas lágrimas por el amigo arrebatado. «Llegabas a creer que habías hecho algo malo y que por eso estaban enfadados. Una amiga tuva desaparecía –la mandaban a vivir con sus tíos una temporada- v tú solo pensabas que te había abandonado», comparte la autora de 'Los niños de Lemóniz'. «Hay víctimas que me han dicho que incluso lo he reflejado de una manera suave», revela.

Al padre de Estela, al que la empresa puso escolta, acabó por buscar trabajo fuera de Euskadi. ETA consiguió que su familia dejara su casa y se marchara a Ponferrada con la esperanza de tener «una vida normal».

- ¿Cómo vivió aquello?

– Los padres sacaban a sus hijos del País Vasco y les volvían a traer dependiendo de la situación que se viviera. Por lo menos esta vez ibas a un sitio del que no nos íbamos a mover. Donde alguien te iba a abrir la puerta de su casa e ibas a poder ir al parque a jugar.

- Se fue de Euskadi con siete años. ¿Ha vuelto a ir a Lemóniz?

– Hace dos años, como parte de la investigación para el libro. Cuatro amigas nos recorrimos Euskadi en un coche y fuimos hasta la central. Recuerdo que nos sorprendió que hubiese Ertzaintza allí. Habíamos estado todo tiempo hablando y en ese momento el silencio fue atronador. Fue extraño. Sentí una sensación de impotencia, de tristeza.